



Comentario bibliográfico

Ariel Alejandro Goldstein, *Poder evangélico: cómo los grupos religiosos están copando la política en América* (Buenos Aires: Marea, 2020).

Tomás Landi

Universidad de Buenos Aires

landitomas@gmail.com

Fecha de recepción: 29/06/2021

Fecha de aprobación: 09/11/2021

En este libro que reseñamos, Ariel Goldstein realiza un análisis del movimiento pentecostal en América, que en los últimos años ha emergido como un actor relevante —con diverso impacto según el caso— en las disputas políticas de la región. Apoyándose en la sociología histórica, el autor realiza un estudio comparado de las coyunturas que permitieron el despliegue del evangelismo en los distintos países del continente, con particular interés en la expansión de las iglesias pentecostales¹. Así, establece un diálogo entre los acontecimientos políticos recientes y los trayectos históricos de larga y mediana duración ligados a estos grupos religiosos-corporativos. Con esta perspectiva, se destaca a lo largo del texto: diferencias y similitudes en las trayectorias de estos grupos en cada país; las agendas

¹ A lo largo del libro encontramos en determinadas ocasiones el uso de *evangélicos* como sinónimos de *pentecostales*, pero cabe aclarar que el pentecostalismo es una corriente dentro del movimiento evangélico, a su vez proveniente del protestantismo. Esto se debe a que las iglesias pentecostales son el grupo de mayor interés para el autor por el nivel de incidencia que tienen sobre la región y los países estudiados.

políticas que defienden; quiénes son sus principales líderes; y la relación entre estos grupos con los poderes políticos de izquierda y derecha, haciendo foco en la incidencia que tienen sobre las expresiones políticas más autoritarias.

En su introducción, Goldstein comienza por un breve repaso histórico del cristianismo en la América del siglo XX, donde diferentes sectores católicos contribuyeron tanto a legitimar a sectores conservadores y dictaduras de las fuerzas armadas, como a implementar la Teología de la Liberación luego del Concilio Vaticano II. Si bien el peso histórico de una institución centenaria como la Iglesia Católica es innegable, el autor observa un declive del catolicismo en su número fieles que contrasta con la expansión del protestantismo evangélico a partir de la redemocratización de los países durante las décadas del 80 y 90. Es en este tiempo que desde EEUU empieza a exportarse la “Teología de la Prosperidad” como visión pragmática y utilitarista de la religión, en sintonía con el pujante neoliberalismo de fines de siglo. Planteado el problema, el libro comienza con los dos casos de mayor relevancia para el autor que son EEUU y Brasil; tanto por el peso geopolítico de los países en la región como por la afinidad de estos grupos con las figuras de Donald Trump y Jair Bolsonaro. Y si bien la influencia de los evangélicos en el resto de los países no es de la misma envergadura, la emergencia y crecimiento en mayor o menor medida de los pentecostales resulta relevante y es estudiada en el siguiente orden de casos: Colombia, Argentina, Centroamérica, Bolivia, Perú, Venezuela, México, Paraguay y Uruguay.

En el primer capítulo, sobre los Estados Unidos, Goldstein describe la alianza entre los evangélicos y el partido republicano, donde se destaca el particular acceso que tuvieron a puestos de poder durante la presidencia de Donald Trump. El vínculo data de principios de los años ochenta con el armado de la Mayoría Moral, una organización que juntó a conservadores de distintas denominaciones para oponerse a la agenda progresista de la época y reaccionar al fallo *Roe vs Wade* de 1973, que permitió a las mujeres el acceso al aborto ². Si bien Jimmy Carter fue el primer presidente evangélico, su discurso reformista lo alejó de estos grupos que encontraron mayor afinidad

2 Sobre esto, no hay mención de las corrientes evangélicas progresistas o de izquierda dentro del capítulo. Al respecto, el historiador David Swartz sostiene que fueron estos grupos quienes incorporaron a muchos fieles a la política norteamericana generando prácticas y condiciones para la consolidación de la derecha cristiana en la Mayoría Moral. Véase, Andrés Gattinoni, “Swartz, David R.: *Moral Minority: The Evangelical Left in an Age of Conservatism*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2012”, *Revista Rey Desnudo: Revista de Libros* 3, no. 5 (Primavera 2014): 82-93.

con el gobierno de Ronald Reagan, quien comenzó a construir una retórica de vindicación del “pueblo americano” frente a las élites políticas, que luego sería retomada por Trump. Sobre la administración de este último, Goldstein destaca que el apoyo de los evangélicos fue clave tanto en la elección interna del partido republicano, como también, ya en su gobierno, en la construcción de una legitimidad para sus políticas públicas racistas, xenófobas y autoritarias, articulando un lenguaje bíblico que las justifica en nombre de la grandeza de la nación. A cambio, los pastores evangélicos accedieron a puestos dentro del gobierno, obtuvieron beneficios impositivos y lograron instaurar una agenda conservadora en la corte suprema. La influencia de los pastores se observa también en el asesoramiento espiritual a la cúpula del gobierno, donde reciben el apoyo de figuras como el vicepresidente Mike Pence y el secretario de Estado Mike Pompeo.

Brasil es otro caso donde el evangelismo ha alcanzado una incidencia considerable en el Estado y sus ámbitos de poder. Con un 31% de la población evangélica, este país cuenta con un gran movimiento pentecostal que creció en los 90 y se consolidó fuertemente en las últimas dos décadas. Hasta la fecha de publicación del libro, 195 de las 513 bancas en la cámara de diputados y 8 de 81 en senadores, son ocupadas por evangélicos. Sobre este crecimiento, Goldstein observa una dinámica que se repite en muchos de los casos estudiados en el libro: el evangelismo realiza “alianzas pragmáticas” con los gobiernos a cambio de una mayor y mejor gobernabilidad. Esto ocurrió en los años de gobierno del Partido de los Trabajadores hasta 2013, cuando Marco Feliciano, diputado de la bancada evangélica, presidió la comisión de derechos humanos del congreso oponiéndose a la agenda progresista del gobierno, logrando así una mayor visibilidad de la bancada que fue imponiendo una agenda conservadora en contra de las “ideologías del género”. Sumado a esto, el *impeachment* a Dilma Rousseff, fue dirigido por Eduardo Cunha, también referente del evangelismo. Goldstein describe que el crecimiento de esta fuerza legislativa, en lo que hoy se conoce como el Frente Parlamentario Evangélico (FPE), estuvo marcado por cuestiones claves como: la alianza estratégica con Israel, donde se presionó por llevar la embajada brasileña en Israel de Tel Aviv a Jerusalén —circunstancia que se repite en otros casos estudiados— y el escándalo *lava jato*, que según el autor, permitió al FPE posicionarse en contra de la élite política brasileña. En este contexto de crisis política, social y económica, emerge la figura de Jair Bolsonaro, quien es apoyado por el pentecostalismo desde un primer momento y que nunca

hubiera accedido a la presidencia sin el apoyo clave de este grupo. Al igual que en EEUU con Donald Trump, se destaca la agenda común y la afinidad de visión entre estos grupos y el candidato. Esta combinación de factores es la que, según el autor, posibilita la victoria de Bolsonaro, ya que permite a la derecha brasileña construir una nueva propuesta de orden, sostenida por un discurso religioso y virulento anti-PT en contra del “comunismo rojo”³.

Es interesante cómo en el análisis de estos primeros casos el autor rescata la noción de “afinidad electiva” que Max Weber utilizó en sus estudios sociohistóricos sobre el protestantismo. Mientras que el autor alemán asoció las prácticas del calvinismo y su ética protestante con la visión del capitalismo emergente, Goldstein asocia las costumbres individualistas y emprendedoras del movimiento pentecostal, fomentadas en su “Teología de la prosperidad”, con la visión actual del capitalismo neoliberal. Tanto en el caso de Trump como en el de Bolsonaro, el autor argumenta que el moralismo religioso permite una amalgama entre las ideas neoliberales y el autoritarismo. Por otro lado, si bien encontramos razones multicausales para dicho éxito, cabe mencionar el peso histórico, y nada casual para el autor, de que se trata de dos países con un fuerte pasado esclavista. Las estructuras sociales jerarquizadas coinciden con la dinámica de poder que las organizaciones pentecostales pregonan para el funcionamiento de la familia, en tanto institución fundamental de la sociedad, con roles de género rígidos que subordinan a la mujer por debajo del hombre.

En el capítulo sobre Colombia, se analiza el papel que los grupos evangélicos jugaron en el plebiscito por los acuerdos de paz entre el Estado y las FARC. La historia reciente del país estuvo marcada por la influencia de Álvaro Uribe, quien implementó lo que el autor entiende como un “populismo de derecha”; aunque interrumpido por el gobierno de Santos, con quien abrió una disputa al interior de las élites económicas entre ruralistas, apoyados por Uribe, e industrialistas, apoyados por su ex ministro de Defensa. De allí la vocación de Santos por acelerar los acuerdos de paz con la guerrilla como condición para implementar su proyecto económico. Sobre este

3 Si bien la descripción sobre el pentecostalismo en Brasil es actual y efectiva en términos comparados, no indaga en un análisis de larga duración. El autoritarismo actual, que bien expone Goldstein en este capítulo, contrasta con los orígenes ilustrados y modernizadores del protestantismo en los comienzos del siglo XX, que apoyaban el advenimiento de la República para dejar atrás al Brasil imperial. Sobre esto último, véase: de Lyndon de Araújo Santos, “O protestantismo no advento da República no Brasil: discursos, estratégias e conflitos”, *Revista Brasileira de História das Religiões* 3, no. 8 (Septiembre 2010): 103-120, <https://doi.org/10.4025/rbhranpuh.v3i8.30351>

escenario, Goldstein describe cómo los evangelistas se aliaron a Uribe como actor estratégico en contra del acuerdo de paz, donde la campaña tuvo similitudes con el caso brasileño. Los pentecostales, entre los que se destacó la figura del pastor César Castellano y su esposa, contribuyeron a formar una agenda paralela al tema en discusión donde nuevamente el rechazo a la “ideología de género” y la defensa de la familia fue el factor aglutinante entre estos grupos y la derecha. Esta agenda moral se retomó en la campaña de 2018 donde Uribe volvió al poder con Iván Duque como su candidato.

Por el lado de Argentina, el autor se concentra en las apariciones políticas más recientes del evangelismo. Si bien menciona algunas apariciones de pastores a fines de los 70 y el vínculo con figuras televisivas en los 90, la falta de un análisis historiográfico en el capítulo puede dar a entender que el evangelismo es un actor político conformado recientemente, cuando no necesariamente lo es⁴. Para el análisis del caso, destaca la movilización de los evangélicos al congreso argentino durante el debate de la legalización del aborto en 2018. Allí hicieron causa común con la iglesia católica y marcharon empuñando el “pañuelo celeste” como símbolo en contra de la ley en disputa⁵. Esto permitió a los evangélicos mostrarse en la escena pública y comenzar a tejer alianzas con políticos y partidos de cara a la elección presidencial de 2019. Goldstein describe el rol que jugaron los evangélicos en la campaña del frente NOS apoyando la candidatura del ex-combatiente de la Guerra de Malvinas, Gómez Centurión. En dicha campaña, los evangélicos aportaron su infraestructura y militancia a un candidato sin partido. Si bien el frente obtuvo magros resultados electorales (ocupando el quinto lugar) el autor destaca que el evangelismo ha demostrado su presencia territorial y pronostica un crecimiento que merece ser tenido en cuenta en los próximos años.

4 Algunos trabajos que podrían complementar el análisis en este sentido son: el de Hilario Wyrnarzyk, quien estudió la movilización de los grupos evangélicos conservadores bíblicos durante el período 1980-2001; y el de Paula Seiguer, que estudia la militancia de los metodistas durante el debate por la laicidad del Estado en la década de 1880. Véase respectivamente, Hilario Wyrnarzyk, *Ciudadanos de dos mundos: el movimiento evangélico en la vida pública argentina 1980-2001* (San Martín: UNSAM Edita, 2009) y Paula Seiguer, “Laicidad y pluralidad religiosa temprana. Los metodistas y el Estado laico en la década de 1880”. *Quinto Sol* 19, no. 3 (septiembre-diciembre 2015): 1-22, <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=23143278003>

5 Esta movilización se repitió con menos éxito a fines del 2020 donde la ley por la legalización del aborto fue finalmente aprobada.

La expansión del culto evangélico también es notoria en Centroamérica, donde los números muestran un retroceso del catolicismo frente al avance de los pentecostales. En Guatemala, donde el porcentaje de creyentes es del 43%, Goldstein remarca la influencia de estos grupos durante el exterminio de gran parte de la población indígena entre 1981 y 1983; y más recientemente, el apoyo a la candidatura de Jimmy Morales, con quien lograron trasladar la embajada guatemalteca de Tel Aviv a Jerusalén. Esto mismo lograron en Honduras donde, luego del golpe de Estado a Manuel Zelaya, colaboraron en el gobierno de Juan Orlando Hernández incidiendo en las relaciones con Israel y EEUU. Por otro lado, Goldstein destaca los casos de Nicaragua y El Salvador como experiencias de alianza pragmática entre evangélicos y expresiones políticas autoritarias: en el primer caso dando sustento y gobernabilidad al gobierno de Daniel Ortega, debilitado luego de las brutales represiones y en conflicto con la iglesia católica; y en el segundo, apoyando a Nayib Bukele en su reciente aventura autoritaria frente a la crisis de los partidos tradicionales. En sintonía con el caso colombiano, Goldstein menciona la elección del 2018 en Costa Rica, donde Fabricio Alvarado montó su candidatura sobre una agenda conservadora en contra de la “ideología de género” con el apoyo de los pentecostales. El autor cierra su análisis argumentando que el detrimento histórico de las condiciones sociales, sumado al tránsito migratorio a EEUU —donde los evangélicos son muy fuertes— hace de esta región una plataforma de crecimiento importante para estos grupos, que ya han construido sus alianzas con los partidos políticos y penetrado en las élites ocupando lugares dentro de los Estados.

En el capítulo sobre Bolivia, Goldstein analiza el golpe de Estado contra Evo Morales que en 2019 impuso a Jeanine Áñez como presidenta de facto; en cuyo derrotero la incidencia evangélica fue importante. Si bien la tensión entre las comunidades indígenas del altiplano y las regiones agroexportadoras de Santa Cruz es de larga duración, el autor destaca que con el conflicto de la Media Luna en 2009 la confrontación entre el Movimiento Al Socialismo y la derecha cruceña reconfiguró el escenario político boliviano. Si bien el crecimiento económico permitió construir ciertos consensos de gobernabilidad, en la segunda reelección de Morales en 2019 los sectores conservadores de Bolivia, con amplio apoyo del evangelismo, rechazaron los comicios, denunciaron fraude y forzaron al expresidente al exilio. En este contexto, Goldstein remarca que, al igual que en Brasil, la retórica pentecostal fue clave en la construcción de un discurso anti-Evo, que de-

nunciaba al “satanismo de los indígenas”; y en el posterior gobierno de Añez, quien asumió en nombre de la Biblia y se apoyó en la prédica evangélica para justificar las represiones y el carácter autoritario de su gobierno, en pos del cumplimiento de una “misión divina”.

El libro continúa con el análisis de los casos de Perú y Venezuela. En el primero, describe el apoyo histórico de los pentecostales al fujimorismo marcando nuevamente la afinidad con las expresiones políticas autoritarias. También menciona el creciente protagonismo evangélico en la campaña “Con mis hijos no te metas” encabezada por el pastor y congresista Julio Rosas en 2017, que al igual que en Colombia, se movilizó en contra de la “ideología de género” en las reformas curriculares que implementó el gobierno de Pedro Pablo Kuczynski en educación. Este crecimiento, argumenta Goldstein, se vio reflejado en las elecciones del congreso en 2020 donde los evangélicos quedaron segundos en la campaña del Frente Popular Agrario. En el caso venezolano, si bien Chávez siempre tuvo un lenguaje ligado a la religión en sus discursos, el autor describe que con el paso de sus gobiernos fue confrontando cada vez más con la iglesia católica. En este sentido, encuentra similitudes con lo ocurrido en Nicaragua: donde un gobierno, en principio de izquierda, encuentra sustento en el evangelismo para sostenerse ante el descontento popular por la represión y el enfrentamiento abierto, de Maduro en este caso, contra la iglesia católica.

En el análisis de México, el autor destaca la histórica tradición laica del Estado mexicano, donde con la constitución revolucionaria de 1917 se impidió a las asociaciones religiosas acceder a tierras o conformar personerías jurídicas. Con la reforma constitucional de 1994, se da un crecimiento de los sectores evangélicos que buscaron posicionarse en el espacio político promoviendo una agenda conservadora en contra de la “ideología de género” y la reivindicación de la familia como institución primordial. Sobre esto, Goldstein describe cómo el Partido Encuentro Social y la Confederación Nacional de Iglesias Cristianas Evangélicas apoyaron la candidatura de Andrés Manuel López Obrador para la presidencia en 2018; es un nuevo caso de alianza pragmática entre fuerzas políticas progresistas y pentecostales, cuyo objetivo principal es promover una Ley de Asociaciones Religiosas que les permita tener sus propios medios de comunicación.

Los últimos casos analizados en el libro son los de Paraguay y Uruguay. En el primero, Goldstein encuentra similitudes con los Estados patrimonialistas de Centroamérica⁶. La histórica presencia monótona del Partido Colorado en el gobierno paraguayo fue configurando un Estado muy permeable al interés de las corporaciones. En este sentido, el autor identifica que los pentecostales, aún con un porcentaje muy bajo de fieles en el país, han sabido construir lazos con las élites políticas y económicas accediendo a mayores espacios de participación dentro del Estado. Allí se destaca el asesoramiento espiritual a las fuerzas de seguridad por medio de la creación de capellanías. En contraposición, estos grupos no han logrado construir una presencia significativa en el Estado uruguayo. Según el autor, la tradición laica del Estado, la estabilidad económica y una población cada vez más secularizada, dejan poco margen de acción a los pentecostales para su crecimiento. Sin embargo, pese a estas dificultades y al reducido porcentaje de la población que se considera protestante (7%), la Iglesia Pentecostal Asambleas de Dios cuenta con ciento sesenta templos a lo largo del país. Por último, en comparación al caso brasileño, Goldstein remarca que a diferencia del PT en Brasil, el Frente Amplio uruguayo se apoyó en estos argumentos históricos para desarticular el discurso evangélico sin buscar cooptar a los pentecostales o construir núcleos evangélicos propios o de izquierda.

Concluyendo su estudio, Goldstein considera que el éxito del evangelismo en las experiencias de EEUU y Brasil —donde llegó para quedarse— son fundamentales para acrecentar su influencia en el resto de los países, partiendo de un modelo de expansión que, siguiendo al autor, caracteriza al despliegue del poder evangélico en la región. En sus palabras, este modelo se caracteriza por:

1) la presencia de un fuerte colectivo evangélico unificado tras consignas claras (...); 2) una fuerte presencia de los pastores en cargos estatales y en la política social (...); 3) una presencia mediática consolidada en distintas cadenas de radio y televisión (...); 4) el uso del lenguaje evangélico en la política para demonizar al adversario; 5) y el culto al esfuerzo personal como paradigma sostén de la ideología neoliberal (p. 141).

6 Si bien el autor no lo especifica, se refiere al patrimonialismo como una de las formas de “dominación tradicional” descritas por Max Weber, donde el poder se ejerce mediante un uso arbitrario y discrecional de las herramientas burocráticas y represivas del Estado. Para un mayor conocimiento del concepto aplicado en América Latina, véase: Gina Zabudovsky, “Max Weber y la dominación patrimonial en América Latina”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* 32, no. 124 (1986): 75-96, <http://dx.doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.1986.124.71938>

Entre estas cuestiones, la construcción del universo simbólico en torno a un lenguaje evangélico y su divulgación por medios de comunicación propios, es una cuestión importante para el autor. Apoyando su análisis en Pablo Semán, Goldstein argumenta que el discurso de los pastores pentecostales se emparenta al de los libros de autoayuda, en tanto que dan “consejos útiles” para el bienestar espiritual y la prosperidad material⁷. A su vez, esta forma de comunicación responde a un sistema de dominación piramidal y patriarcal que se da en cada iglesia pentecostal donde los pastores monopolizan la palabra de Dios⁸. Siguiendo a Goldstein, esto es lo que nos permite comprender la *afinidad electiva* de los pentecostales con gobiernos autoritarios como los de Trump y Bolsonaro, con quienes han obtenido grandes réditos políticos. Pese a esto, cabe una última mención del autor en el apartado *postscriptum* donde, al calor de los hechos, reflexiona sobre cierto retroceso del evangelismo ante las crisis sanitarias y políticas provocadas por la mala gestión de la pandemia en los casos de Trump y Bolsonaro. Los discursos mesiánicos y anti-científicos de los presidentes, han resultado políticamente muy costosos, y ante esto, Goldstein pronostica un reacomodamiento del poder evangélico.

Recapitulando, podemos argumentar que el libro de Ariel Goldstein nos muestra una caracterización y un *modus operandi* político de los pentecostales en la actualidad, que se desarrolla con mayor o menor éxito según las particularidades históricas y contingentes de cada uno de los casos. El estudio es contundente en cuanto al posicionamiento del evangelismo como un actor político novedoso y relevante a nivel regional, pero no establece grandes diálogos con la historiografía sobre el protestantismo más allá de retomar la lectura weberiana. Por otro lado, si bien hay un vasto análisis sobre el interés de estos grupos por acceder a la compra de medios de comunicación, no hay mención respecto a sus formas de financiamiento o sostenimiento económico. Por estas cuestiones, es que consideramos que el libro es un gran estudio a nivel político de estos grupos, con un correcto apoyo en la sociología histórica, cuyo fuerte reside en el análisis comparado de casos.

7 Pablo Semán, “Del ¿por qué no?: el matrimonio entre espiritualidad y confort. Mundo evangélico a los *bestsellers*”, *Desacatos*, no. 18 (mayo-agosto 2005): 71-86, http://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S1607-050X2005000200005&script=sci_arttext

8 Sobre este punto discute con Alejandro Frigerio, quien sostiene que el ingreso de los sectores populares a las iglesias pentecostales responde a una suerte de *pragmatismo* e instinto de supervivencia que beneficia particularmente a las mujeres de cada familia. Goldstein argumenta que ocurre exactamente lo contrario, dado que el ejercicio patriarcal del poder es una norma al interior del modelo familiar promulgado por el pentecostalismo, donde la mujer ocupa un lugar relegado a las tareas domésticas. Véase Alejandro Frigerio, “La experiencia religiosa pentecostal”, *Nueva Sociedad*, no. 280 (marzo-abril 2019): 47-54, <https://www.nuso.org/articulo/la-experiencia-religiosa-pentecostal/>